

Centro Cultural
YUKIO MISHIMA

*TODO EL MUNDO
DE LA CULTURA
INDEPENDIENTE*

Traiga sus trabajos.
Proyecte conciertos y
programe exposiciones



CANDELARIA 13
y ENSENADA 399
Tel. 672-8822 / 636-0909
1407 - Buenos Aires

Polaca, nacida en Lublin y residente en Argentina desde hace más de medio siglo, ESTEFANÍA SZUBSTARSKI ha logrado desarrollar su creación en nuestro rico idioma con un total dominio de las bellezas, sugerencias y profundidades que la lengua otorga a quienes además de utilizarla como herramienta de comunicación la emplean para bien reflexionar.

En este relato se nota un avance temporal medurado de estilo delicado y adornado con imágenes gratas al lector. Es autora del libro *Pétalos*, donde lució exitosamente sus dotes de poeta y narradora.

Correspondencia con la autora:

Franklin 345
1603 - Villa Martelli - Bs.Aires Tel. 709-2577

Escritores recién publicados:

CARLOS ENRIQUE BERBEGLIA MANUEL LAGE TOURIÑO
MARY ROSA CALVIÑO CITRO TERESINKA PEREIRA
JULIÁN GUSTEMS ROLANDO REVAGLIATTI
MAXIMILIANO AUGUSTO SOLER BISTUÉ

Director de la colección:

CARLOS PENSA
Corrientes 2963 - 2º cpo. - 1º "G"
1193 - Buenos Aires - Argentina
Tel. y Fax: 863-2552 (las 24 hs.)

DISTRIBUCIÓN MUNDIAL

31

todo es **Cuento**®
y

estefanía
SzubstarSKI

coleccionable

Septiembre de 1996

e. S.

ANDREA Y YO

Andrea nunca pidió nada. Parecía no necesitar nada. Con su pollera a cuadros, sus zapatillas acordonadas, y la eterna sonrisa revoloteándole en el rostro como una mariposa recién nacida. Esa sonrisa de la que uno no podía apartarse.

Enfrentarla, era como ver el sol. Acurrucada en sus claras pupilas se hallaba toda la luz del universo. De su persona emanaba un halo envolvente y tibio. Algo dulce y melancólico a la vez desprendía su figura.

Cuando la ví por primera vez, me asombró comprobar que corriendo el siglo veinte, aún podía existir un ser excepcional de tal naturaleza. Casi incorpóreo. Casi transparente. Sus modales eran suaves pero seguros. Al increparla parecía conocer, como un sabio, las preguntas por anticipado.

Cuando quise averiguar algo de su vida pasada, con gesto exacto expresó lo que no hubieran dicho mil palabras. Y me quedé con la duda sin atinar a insistir. Sentí un gran respeto. Su intimidad le pertenecía y permanecería sellada. Al menos yo, no la profanaría.

Un día le pregunté: —Andrea, eres feliz? —y me respondió:

—Qué es ser feliz? Usted lo sabe? —y me dejó pensando. . .

Luego ella continuó como en un monólogo:

—Dios fue muy generoso conmigo, mientras ellos estuvieron a mi lado. Pero llegó el Demonio y todo fue en vano. Dicho esto, un cambio notable se operó en su expresión y una máscara de amargura la poseyó. Sorprendido, no atiné a incluir mi opinión.

Andrea prosiguió: —Felizmente, he derrotado al rencor. Acaso las flores al abrirse sospechan siquiera que vendrá alguien y las cortará de cuajo?

—Muy cierto —asentí.

Sin embargo, cada primavera, los campos se cubren de aromado vergel. Y los verdes se multiplican en tonalidades sorprendentes y bellas para alegría y gozo del hombre. . . Raudamente recuperaba el ánimo, mientras sus manos enrojecidas por las labores, iban y venían por todas partes, apartando malezas, prolijando el entorno. Tal vez, ocupando mente y físico borraba escenas que no quería recordar. El ocio, era su enemigo. A pesar de considerarme un hombre evolucionado, sentí que una pizca de envidia carcomía mi costado.

Pese a haber desfilado por todos los claustros y haber dedicado gran parte de la adolescencia y juventud en estudiar e investigar, no lograba asumir mi propia desventura.

Andrea consiguió en tiempo record astillar ese cristal que me aislaba de la realidad. Ese cono en sombras que colocaba mi vida al borde de un abismo insalvable. Debía invertir conceptos. Recapacitar, y, de su simple sabiduría aprender la lección. Después de todo, no era el único hombre al que habían burlado.

Las guerras, el amor, y todo ese maremagnum que mueve al planeta, lo volcaba en impecables cartillas blancas. Sinceramente. Apasionadamente. A veces, hasta socarronamente. Pero también distanciado de esas historias porque en nada me incluían.

Me deslizaba indolente, por un costado de la vida, bordeando las costas, sin que un cambio sustancial logre una variante notoria. Luego se me dio por viajar por el mundo. Analizar a la gente. Sus costumbres. Sus tradiciones. La idiosincracia de cada lugar.

Opulenta y versátil, Europa me atrapó. París. Roma. Madrid, obtuvieron las palmas más calurosas. Pero donde logré regocijarme mi espíritu más intensamente, fue en una pequeña aldea polaca.

—Sabes Andrea que he visto tu imagen reflejada en el rostro de muchas muchachas polacas? —dije mientras observaba su reacción.

—Cómo es eso? —respondió extrañada.

—Sí, ellas son sumamente simpáticas, dulces y sencillas como tú, ah. . ., y casi tan trabajadoras como tú —agregué riendo. . .

Las mejillas de Andrea como dos rosas encendidas hicieron que no continuara en ese tono.

—Me hospedé en Kalinówka. Kalinówka es una aldea de cien casas aproximadamente. Son cabañas construidas totalmente de madera, con ventanas dobles para protegerse de los rigores invernales. En sus frentes lucen bellísimos jardines.

—Y el idioma, no tuvo inconvenientes? —indagó Andrea.

—No mucho, porque con el ruso me defiendo y algunas palabras se asemejan.

—Desde el acceso a las viviendas y en su interior, predomina la pulcritud. La mano de la mujer, trabajadora incansable, se observa en cada detalle. En toda la vestimenta está el sello inconfundible de su infinita paciencia. Ellas realizan verdaderas obras de arte cosiendo y bordando.

—Y no estudian?

—Sí, la mayoría de los jóvenes detestan la aldea y se marchan a las grandes ciudades en busca de otros horizontes. La gente mayor es la más apegada a la tierra.

—Y eso le parece bien? —insistió Andrea.

—Muy bien, si consideramos la rebeldía de los jóvenes como muestra cultural. Sabías que Polonia fue cuna de grandes creadores?

Tras el caserío, la montaña se eleva como un gigante estático y expectante. Más allá, hacia el cruce del río que divide la región sembrada con un bosquecillo, se perfila la aldea vecina de nombre Zabytów. Los domingos, convergen hacia allí caravanas de fieles, ya que en Kalinówka no hay iglesia. El pueblo polaco es sumamente religioso. El hecho de haber sido favorecidos con un Papa connacional tan bueno como es Karol Wojtyła, los ha sensibilizado aún más, dotándolos de gran fortaleza moral y una enorme fe.

—Y qué más puede contarnos? —se impacienta Andrea.

—Tanto, que creo seguir en capítulos durante el resto de mi vida. Fundamentalmente fui a descansar. Y por eso no me detuve mucho en las ciudades que más o menos son parecidas. En cambio me subyuga la naturaleza con sus apasionantes misterios.

—A qué misterios se refiere?

—Tal vez no sean misterios pero a mí me han conmovido hondamente. En las tibias tardes ya cercano el ocaso, anduve çansinamente entre el trigo ya a punto de ser cosechado, por angostas veredas que se comunican entre sí. Allí, he visto las amapolas contornearse cual hábiles bailarinas, pugnar desesperadamente en asomar sus cabecitas sobre la maraña del rubio cereal, para recibir la caricia del sol. Las hay rojas y azules. De suaves y aterciopelados pétalos. Poseen un diseño tan perfecto, que observándolas se acentúa la pequeñez del hombre.

Amapolas. . . Hermosas amapolas. . .

Aún conservo sus imágenes y persiste horadando mi pituitaria la incomparable fragancia. Empero está la contraparte. Consta que esa especie es aborrecida por los agricultores. Sus semillas interfieren la pureza de los cereales y, por lo tanto, disminuye el valor del mismo.

—De manera que aun lo más bello tiene su parte negativa? —se atreve Andrea.

—Efectivamente, la realidad siempre es dura y fría. En nosotros está el magnetismo que incorpora alas a la imaginación, nos dota de energía extra para defendernos de la opacidad. Y pintamos los grises con alegres colores, y amamos aunque nos hieran injustamente, y sólo vemos aquello que agrada al espíritu. Un poco de fantasía es necesaria, sin lo cual la vida sería un mero e inocuo tránsito. . .

Andrea es la antítesis del desamor. Tras la pérdida de sus seres amados se ha recuperado totalmente. La existencia o no del Demonio ya no le preocupa. Trabaja. Se diría que es feliz. Los niños la adoran. Los ancianos sienten su ternura como algo propio. Ha logrado rodearse del cariño de todos los vecinos.

Fue muy bueno conocer a Andrea. Ahora pretende dejarnos. Irse a su lejano pueblito. Dice que acá no encaja. Que extraña el silencio y las puestas de sol que los altos edificios de Buenos Aires le niegan. Manchita, nuestro perrito, parece haberse dado cuenta que será abandonado y no se despegó de su pollera a cuadros, de sus zapatillas acordonadas. . .

En cuanto a mí respecta, la búsqueda continúa. No me doy por vencido. Terço y perseverante intento hallar respuestas a esta sed. Andrea contribuyó mucho para esclarecer algunos puntos oscuros. Pero quedan innumerables dudas. Como dije al principio, fui burlado. Engañado. Traicionado. Seguramente fallé en algo fundamental y profundo. Imperdonable.

No quisiera pensar que fue por culpa de estas malditas muletas de las que no puedo separarme ni un instante. . .